

Todos los niños nacen con una habilidad especial, un poco mágica, aunque muchos de ellos se hacen mayores sin haber llegado a descubrirla. Esto es, se mire como se mire, una tragedia.

Otros, en cambio, las usan con toda naturalidad. Para Moira Milosevic, por ejemplo, es tan normal que sus deseos de cumpleaños se hagan realidad que piensa que a todo el mundo le sucede y no se ha dado cuenta de que es un don extraordinario. Claro que la sociedad no se lo pone nada fácil; al contrario, es como si hubiese conspirado para engañarla con el circo de prender las velas, cantar la canción, soplar, pedir un deseo... No hay ni un niño que no lo haga. Incluso algunos adultos realizan el ritual una vez al año. ¿Por qué lo iban a hacer si no se les cumpliesen los deseos? Es lógico entender que sí. Así que Moira Milosevic asume que cada ser humano tiene un deseo al año, que no es nada especial y, además, que es así durante toda la vida.

Se equivoca, por supuesto. Solo le sucede a ella y tiene un total de siete deseos. Como no lo sabe, los pide a la ligera.

En su primer cumpleaños pidió que la tarta fuese de chocolate. Fue un poco estúpido, podemos decirlo porque incluso ella lo admitió unos años después: la tarta ya había sido comprada por su padre, Narcys Milosevic, y era de chocolate.

Justo antes de cumplir los dos años fue con sus padres y su hermano Konstantin de excursión a la montaña. Se perdieron, se les hizo de noche al volver y Moira se negó a seguir caminando, así que su padre la tuvo que llevar en brazos. Desde ahí arriba, a oscuras, pudo contemplar el cielo nocturno. Este le causó una impresión muy positiva, de modo que por su cumpleaños pidió que las estrellas brillasen en el techo de su dormitorio cuando estuviese sola en él.

Cuando cumplió tres años estaba obsesionada con las mariposas; pidió que siempre que se cruzase con alguna de ellas, la siguiera y revolotease a su alrededor. Su familia se dio cuenta de esto, pero no le dio mayor importancia. La madre de Moira, África Fuentes, decía que su hija era como una flor.

Al año siguiente pidió crecer unos centímetros más porque, debido a su baja estatura, se había quedado sin poder subir a las atracciones de niños mayores de tres años en la visita anual que realizaba su colegio a la feria para celebrar el carnaval. El repentino estirón que dio esa misma noche la situó, para su satisfacción, en la estatura media de su clase.

En su quinto cumpleaños pidió que Konstantin siempre tuviera tiempo para jugar con ella, porque su hermano tenía trece años y a menudo estaba demasiado ocupado para hacerle compañía.

Con seis años, Moira era una niña mayor y sabía que no debía desperdiciar su deseo en cualquier tontería. Había reflexionado profundamente durante todo el año y decidido con meses de antelación qué era lo que quería. Al soplar las velas, pidió ser durante dos días enteros una exploradora espacial que corriese un montón de aventuras pero a la que todo le saliera bien siempre. Fue un deseo muy específico, y pedirlo muy deprisa en el instante en el que las seis llamas se apagaban requirió mucha concentración, pero lo logró. Fue el mejor cumpleaños de su vida.

El séptimo deseo es el último, pero Moira no lo sabe. Si conociese este dato, puede que pidiera algo distinto. Por ejemplo, tener siempre localizada su goma de borrar. O que desaparezca ese problema que preocupa a su hermano Konstantin. O que se le cumplan mil deseos más.

En lugar de eso, piensa que sería divertido tener en casa a alguien más con quien hablar. El piso en el que vive la familia Milosevic está un poco vacío desde que Narcys y África desaparecieron hace casi seis meses; solo viven en él Moira, el hurón blanco Oot, Konstantin y su abuela Amalia. Esta lee grandes libros en francés, porque de pequeña fue a un colegio bilingüe, ve concursos en la televisión para gritar las respuestas a la pantalla y juega al mus con sus amigos en la terracita que han puesto delante de la pastelería del barrio. Konstantin se pasa la vida en casa de la vecina de abajo, Bonnie; escucha música para pensar en sus cosas y anota todo lo que va a hacer a corto, medio y largo plazo en una agenda que considera sagrada.

Moira pasa las tardes con el hurón Oot, que es su compañero de juegos cuando no está dormido. En esos momentos,



Capítulo I

El huevo



En el piso de abajo, Konstantin Milosevic está sentado en el sofá del salón de Bonnie, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Analiza muy concentrado el contenido de unos documentos que están sobre la mesa. Tiene el ceño un poco fruncido y los bucles rubios que le hacen sombra sobre los ojos añaden aún más gravedad a su gesto. En la cocina, Bonnie trastea y le pregunta si quiere un café. Él alza la mirada hacia ella. No sonríe con los labios, pero tiene los ojos llenos de luz. Responde que sí. En él conviven la sombra cuando está absorto en sus asuntos y la claridad cuando habla con una de las cinco personas a las que quiere sinceramente.

Bonnie no pregunta cómo le gusta, lo sabe ya. Él lo toma con leche y sin ningún edulcorante; ella, solo y con azúcar. Vuelve con dos tazas y coloca una entre las manos del chico porque si la deja sobre la mesa, él se olvidará de beberla. Después se sienta al otro lado del sofá.

—¿Tenemos suficientes votos?

—No lo sé. En el 5°C depende de si viene doña Mauricia o su hijo. Podemos contar con el voto de Alfonsito, seguro, pero si es ella la que va, se dejará influenciar por los del 5°A.

—La asamblea es pasado mañana, así que tendremos que asegurarnos de que Alfonsito esté en casa. Y, si puede ser, encargarnos de quitar a Mauricia de en medio.

—Necesitamos un plan. —Konstantin mira al infinito y bebe café, ensimismado—. Ya sé. Flora hace una vez al mes una oferta en manicura y pedicura. Mi abuela se queja de que siempre lo pone cuando a ella le va mal, así que se lo pierde mes tras mes. Seguro que a doña Mauricia le gustaría ir.

—¿Puedes conseguir que tu abuela se encargue de eso?

Él se acaricia los labios de arriba abajo con el dedo índice de la mano derecha.

—Sí. Mi abuela puede hablar con Flora, presionar para que haga la oferta pasado mañana, y después invitar a doña Mauricia a ir con ella. Será una oferta que doña Mauricia no podrá rechazar.

—Perfecto.

Los dos repasan los números, preocupados. Incluso con el voto del 5°C, no tienen la victoria asegurada. Es muy importante conseguir mayoría, porque en la siguiente junta de la comunidad de vecinos se tomará la decisión definitiva respecto al ascensor de la izquierda, que se incendió debido a un fallo eléctrico y tuvo que ser retirado. Ahora mismo solo está el hueco, vacío, y las puertas están cerradas con un poco de cinta de embalaje que puede retirarse con facilidad. Konstantin y Bonnie llevan un tiempo haciendo campaña para que se reemplace el

ascensor. Su principal argumento es que si uno de los ancianos o niños que viven en el edificio abriera una de las puertas, podría caer por el hueco.

Claro que en realidad se trata de una operación estratégica para encubrir su verdadero objetivo: que el dinero de la comunidad no se invierta en quitar el cobertizo de las bicicletas, al que se accede por el patio, y sustituirlo por un muro de piedra. A Konstantin le gustaría conservarlo tal y como está; primero, porque él y Moira aparcan en él las dos bicicletas de sus padres, aunque aún les quedan grandes a ellos, así como un monopatín; segundo, porque la parte de atrás del cobertizo da al jardín interior de la finca. Este está cerrado y solo el jardinero tiene permiso para entrar una vez a la semana. Sin embargo, Konstantin y Bonnie descubrieron hace unos años que pueden bajar desde la ventana de la cocina de ella hasta el tejadillo del cobertizo y, desde allí, descender hasta el jardín interior. Se ha convertido en su reino privado y no quieren renunciar a él.

Los vecinos no saben esto, porque nunca dejan rastro de su paso por allí. Y como no pueden admitir que le dan este uso indebido al cobertizo, lo único que queda por hacer para mantenerlo es dirigir la atención de la comunidad de vecinos hacia otras empresas: el ascensor.

En ese momento, suena el timbre. Los dos amigos cruzan una mirada: es raro que alguien venga a molestarlos. Bonnie vive sola y sus amigos, a excepción de Konstantin, llaman por teléfono antes de pasarse por su casa. Ella se levanta y camina por el pasillo. No puede echar una ojeada por la mirilla, porque tiene pegada sobre la puerta, tapándola, una fotografía de la ce-

lebración de su cuadragésimo segundo cumpleaños, así que abre directamente. Moira se cuela por entre sus piernas y se planta en el salón.

—Kosta —así llama ella a su hermano—, tienes que subir a casa enseguida.

—¿Has saludado a Bonnie al entrar? —dice él, que a los quince años ya ha adquirido la fastidiosa costumbre de los adultos de hacer preguntas cuya respuesta conocen.

—No. Hola, Bonnie.

—Hola, Moira.

Konstantin se pone de pie despacio. No necesita ayuda de nadie, solo paciencia. Se mueve con cautela, porque no puede apoyarse en los brazos. Tiene débiles los músculos del pecho y las extremidades superiores por culpa de lo que él llama crípticamente «sus circunstancias» y que es en realidad una enfermedad degenerativa. Su caso es raro, porque los síntomas suelen manifestarse o en los primeros años de vida o ya de adulto, pero muchas cosas relativas a Konstantin son poco habituales en su rango de edad, así que a nadie le ha sorprendido mucho.

A él no le gusta hablar del tema. No hay un tratamiento curativo para esta enfermedad y no tiene sentido perder el tiempo lamentándose por algo que no tiene solución, eso piensa él. De momento puede caminar, puede funcionar por el mundo de forma autónoma, puede comer, beber y respirar. Eso es lo importante. Solo hay que tener paciencia y no meterle prisa.

Salen los dos de casa de Bonnie y suben en el ascensor que sí funciona al piso de los Milosevic. Allí encuentran a Oot, que está subido a la mesa del salón y bebe agua con gas de un cuenco.

—Si lo hubiera sabido, se la habría puesto así desde siempre —comenta Moira, compungida—. Pensé que natural le gustaba más.

—La he echado tanto de menos —suspira el hurón—. Esto y el Tang de naranja.

—De eso no tenemos, pero creo que lo venden en el súper. Ya sé: le pediré a la abuela que compre un sobre cuando vayamos a la compra.

Konstantin Milosevic oye la conversación sin escuchar y parpadea. Aparca el tema del ascensor, el cobertizo y la comunidad de vecinos en un rincón de su mente. Acaba de recibir mucha información nueva de golpe. La procesa deprisa y hace un gesto a Moira para que se siente. Le gustaría apartarle la silla, pero no puede, así que es ella quien lo hace por él. Toma asiento frente al hurón, sube con dificultad los brazos para apoyar los codos en la mesa y la barbilla sobre sus manos. Lo observa. Se acaricia el labio con el dedo índice. Está pensando.

Dos humanos y un hurón se sostienen la mirada unos a otros, muy serios.

—Oot habla —declara Moira, rompiendo el silencio.

—Ya veo —responde Konstantin—. Pero ¿por qué habla?

—¿Y por qué hablas tú? —replica Oot, de mal humor.

—Lo pedí como deseo de cumpleaños —informa Moira. Oot se acuerda de que ese ha sido el último deseo de la niña y gime. Moira, comprensiva, le acaricia la cabeza hasta calmarlo—. Pobre, pobre Oot —murmura—. ¿Por qué lloras?

—Porque yo era un humano y ya no podré volver a serlo —exclama Oot—. Moira, tenías siete deseos que se cumplirían

seguro y los has gastado todos. ¡Ojalá hubieses pedido que yo volviera a mi forma real! Ahora seré un hurón parlante toda mi vida.

—Lo siento —dice la niña—. No lo sabía. —Konstantin toma aire, pero las preguntas se le agolpan en la mente y son tantas que no logra hacer ninguna. Es Moira la que continúa hablando—: Pero ¿cómo llegaste a ser un hurón?

—No lo sé. Supongo que quien fuera que me transformó también me robó los recuerdos. Solo sé que era humano, por lo demás, mi memoria está completamente bloqueada.

—No nos pones muy fácil que te ayudemos, Oot —señala Konstantin.

—Solo pido justicia, Konstantin Milosevic. He sido un buen hurón, he comido mi pienso, me he mostrado siempre juguetón y amigable. Me merecía al menos dos deseos de Moira: uno para decirle que soy humano y otro para que me devolviese a mi forma original. Solo pido justicia.

Konstantin se pone de pie, muy despacio.

—Así que te damos voz y vienes a mí a decir «Konstantin Milosevic, pido justicia», y pides sin ningún respeto, no como un amigo. Vienes a mi casa el día del cumpleaños de mi hermana...

—¿Cómo podemos devolverle sus recuerdos? —lo interrumpe Moira, insensible a la solemnidad del momento—. Ni siquiera sabe cómo se llama.

Oot se revuelve en la silla, gira un par de veces sobre sí mismo, inquieto, y se sienta otra vez como estaba al principio.

—Creo que la respuesta no está en este lado, sino en el otro —explica, muy agitado—. Sin ver el otro lado no podréis encon-

trarla. No os lo diría si fuera solo por mí, pero... que se hayan gastado los deseos de Moira es un problema. Hay más cosas que podríamos haber solucionado con esos deseos; habría sido tan fácil, tan fácil... Ahora, en cambio...

—Espera, frena un poco —pide Konstantin—. ¿Qué otro lado?

—El lado sin filtros, el caótico, el de los irreales. Vosotros no podéis verlo. Algunos niños pueden, si se agachan para mirar entre sus propias piernas o si hacen el pino. Si os hablo de él, podréis verlo, pero dejaréis de ver este lado, ¿entiendes? Lo invertiremos todo y estaréis en el otro lado en vuestra posición normal. Supongo que podréis ver este lado por entre vuestras piernas. No lo sé. Nunca antes había hablado de esto con nadie.

Los dos hermanos se miran en una consulta silenciosa. Solo Moira ha entendido a la primera lo que dice Oot, porque hay algunas cosas que los seres humanos captan mejor cuanto menos edad tienen. Muchos niños se han dado cuenta de que cuando están cabeza abajo el mundo parece diferente; lo que no sabe la mayoría es que están espionando una realidad un poco distinta, a la que solo se puede acceder si sabes de su existencia.

—Hay otro lado que solo ven los niños a veces, cuando están del revés. Tú puedes hacer que pasemos a ese otro lado y que solo veamos este si nos ponemos cabeza abajo —resume Konstantin.

—Eso es.

—¿Y no podremos volver nunca a estar como ahora? ¿En este lado? —pregunta Moira—. No sé cómo será el otro, pero este me gusta.

—Eso no lo sé. Supongo que si resolvéis todos vuestros asuntos en el otro lado, volveríais a este.

—¿Qué asuntos? —pregunta Konstantin.

Moira se baja de la silla, apoya las manos en las rodillas y mira por entre sus piernas. Suelta una exclamación.

—¿Qué has visto? —pregunta Konstantin.

—Todo está al revés —dice Moira con una sonrisa—. La casa parece distinta así, si me fijo bien.

—Y tanto —dice Oot, enigmático.

—Oot, ¿te importaría dejarnos a solas un momento? —pide con mucha educación Konstantin—. Me gustaría hablar con mi hermana.

El hurón le lanza una mirada de gran decepción. Le ofende que le hagan salir, como si no confiaran en él. Sin decir una palabra, da un largo trago de agua con gas, se baja de la silla y va al baño. Moira se levanta y cierra la puerta del salón.

—Así que hay otro mundo —dice con los ojos como platos—. Un mundo mágico. Lo sabía.

—No, es el mismo mundo que este... Es como si hubiera cosas ocultas que solo podemos ver si Oot nos «abre los ojos» —dice Konstantin—. Y el problema es que no hay vuelta atrás: si empezamos, no podremos dejar de verlas. Me sorprende que solo con que nos hable de ello ya vayamos a poder verlo...

—Pues claro —replica Moira, muy segura de sí misma—. Como cuando no te das cuenta de algo hasta que alguien te lo señala. Por ejemplo, yo no me daba cuenta de que la profesora de Inglés hace gorgoritos al hablar hasta que me lo dijo Claudia. Ahora no puedo concentrarme en clase porque es que no para.

Konstantin asiente.

—Me parece a mí que ese hurón tiene segundas intenciones. Dice que solo podremos encontrar información para ayudarlo si buscamos en el otro lado —recuerda—. A él le interesa que aceptemos. Lo que tenemos que pensar es qué ganamos nosotros.

—También ha dicho que hay otros asuntos. «Vuestros asuntos», ha dicho. ¿Qué puede ser eso? —pregunta Moira, y enseñada se le ocurre una respuesta—: Tal vez en el otro lado sepan dónde están mamá y papá.

Es un tema del que nunca hablan en casa. Que ella lo haya mencionado en voz alta lo vuelve real. Konstantin contiene una mueca circunspecta.

—Si es eso, entonces merece la pena que hagamos lo que podamos para traerlos de vuelta —dice en voz baja.

Moira abre la puerta de nuevo y Oot regresa con ellos. Ha estado allí, en el pasillo, escuchando. Ni siquiera intenta disimular.

—Hay algo que nos preocupa, Oot. —Konstantin espera a que el animal vuelva a su asiento antes de seguir hablando—. Hace medio año o así que nuestros padres desaparecieron. Nos gustaría saber qué ha pasado con ellos y por qué no vuelven. ¿Podríamos encontrar respuesta a esto en el otro lado?

—Sí —afirma Oot—. ¿Queréis que os siga contando? ¿Estáis seguros?

—Sí —responde Konstantin.

—Ís —dice Moira, que se ha vuelto a poner al revés.

—Está bien. —Oot pone las dos patitas rosas sobre la mesa y entorna los ojillos negros—. Vuestros padres no han desapa-

recido. De hecho, no han salido de aquí en ningún momento. Están encerrados en la casita de muñecas de Moira.

Moira Milosevic se incorpora y sale corriendo hacia su cuarto. Konstantin, que va a otro ritmo, la sigue despacio, vigilante, porque se ha dado cuenta de que algo ha cambiado en el ambiente.

El dormitorio de Moira es el más luminoso de la casa. Tiene una cama, un pequeño escritorio blanco en el que hace sus deberes y, bajo la ventana, una casa de muñecas del tamaño de un microondas, aunque mucho menos pesada. Está hecha de madera muy fina. La fachada está sujeta con bisagras, de modo que se puede abrir como si fuera una puerta y así acceder a las habitaciones: una cocina, un salón, un baño y cuatro dormitorios, igual que el piso de los Milosevic.

La niña está agachada junto a la casa y atisba por las ventanas. Oot se acerca corriendo y trepa a su hombro.

—Ábrela —exige Konstantin.

—No puedo, está muy duro.

Con cuidado, sin apoyar las manos en ningún momento, Konstantin se arrodilla frente a la casita. Él y Moira se asoman por las ventanas y descubren que dentro de la casa de muñecas hay dos figuritas nuevas, de plástico flexible y brillante, con grandes ojos bien abiertos y sonrisas congeladas. Son las versiones de juguete de sus padres.

Los muñecos no se dan cuenta de que están siendo observados y se pasean por el salón. África-de-juguete gesticula con las manos. Parece que está conversando con Narcys-de-juguete.

—¿No saben que están encerrados? —pregunta Konstantin.

—Más bien parece que ellos mismos han cerrado desde dentro —opina Oot.

—¿Mamá? ¿Papá? —llama Moira. Ellos no responden—. ¿Por qué están ahí? ¿Y dónde están mis muñecos?

—Son ellos —dice Oot—. Tus padres no se fueron, han estado aquí todos estos meses. Lo que pasa es que tú no los reconocías porque desde tu lado parecían muñecos. Ahora que estás en el otro lado, los ves como son de verdad.

Konstantin se inclina un poco más hacia la ventanita para ver mejor.

—No están hablando, tienen las bocas cerradas. Alguien les ha pintado cruces encima con un lápiz.

Dos pares de ojos acusadores se clavan en Moira, que hace un mohín con cara de culpa.

—Les castigué porque se portaron mal —se justifica—. ¡No sabía que eran mamá y papá! Creía que eran solo mis muñecos.

—¿No podías ponerlos de cara a la pared?

—No, porque se ponen a hablar entre ellos, cuentan chistes y se ríen. Eso no es castigo ni es nada.

—Si lo hiciste con lápiz, lo podemos borrar —dice Konstantin—. ¿Tienes una goma?

No tendría que haber preguntado eso, se da cuenta en cuanto ha pronunciado las terribles palabras. Abre mucho los ojos, con horror. Konstantin Milosevic, como todo el mundo, sabe que la forma más efectiva de hacer que todas las gomas en dos kilómetros a la redonda desaparezcan es decir en voz alta que necesitas una.

—Ay, Kosta —dice Moira, consternada al ver a su idolatrado hermano cometiendo errores de novato.

Él no tiene goma, por supuesto. Konstantin recibió a los cuatro años como regalo de Navidad una pluma estilográfica y desde entonces no ha utilizado ninguna otra cosa para escribir.

—No pasa nada. Tú tienes una —se defiende Konstantin—. ¿Dónde está la goma con forma de estrella que venía con el estuche que te compramos a principio de curso?

—Se la presté a Claudia en el colegio —responde Moira—. Y no me la ha devuelto.

—Vamos a bajar a comprar una goma nueva y ya está —propone Oot.

—Es domingo, está todo cerrado —responde Konstantin—. Tendremos que esperar a mañana. Moira irá al colegio, recuperará la goma y a la vuelta podremos borrarles la mordaza a papá y mamá.

—Sí —dice Moira, mortalmente seria—. La traeré cueste lo que cueste.

—Yo iré contigo —añade Konstantin—. Esto es muy importante y no tenemos margen de error.

—¿No vas a ir al instituto? —le recuerda Moira.

—Quiero ocuparme de este asunto personalmente.

—Claro. Como en el instituto nunca hay exámenes, puedes faltar cuando quieras —dice ella.

Moira cree sinceramente que eso es cierto, porque no ha visto a su hermano prepararse para una evaluación. No sabe que Konstantin Milosevic, la primera semana del curso, pidió a los profesores que le permitiesen hacer de golpe todos los exáme-

nes, «solo para en junio poder apreciar su evolución, un antes y un después». A los profesores les encanta que los alumnos se maravillen por los conocimientos adquiridos, así que le dejaron intentarlo. «No te desanimes aunque no entiendas nada ahora, ya verás como a medida que avancen las clases lo ves todo más claro», le dijeron. Konstantin aprobó con brillantez todos los exámenes, uno detrás de otro, y después de eso nadie se ha atrevido a pedirle que asista a clase siquiera. Así que en el instituto hace más o menos lo que le apetece y se dedica a sus propios negocios al margen del temario académico.

Konstantin se pone de pie. Moira lanza un último vistazo a sus padres.

—Por lo menos parece que no sufren —comenta.

—Quizá un tiempo a solas, sin que nadie les moleste, es justo lo que necesitaban —dice Konstantin. Hay tristeza en su expresión, pero logra esconderla de Moira.

Una voz en el salón les advierte de que la abuela se ha despertado de la siesta. Los tres se miran, alarmados.

—No le digas a la abuela que he castigado sin querer a mamá y a papá —suplica Moira.

—Es mejor que no sepa nada —asiente Konstantin—. O no me dejará acompañarte mañana. Oot, ni se te ocurra decir una sola palabra en voz alta. Disimula.

Vuelven al salón, el hurón en brazos de Moira. La abuela Amalia está revisando el catálogo de películas para ver alguna antes de cenar.

—¿Quién estaba bebiendo agua con gas? —pregunta, extrañada.

—Yo —dice Konstantin.

—Creía que no te gustaba.

—No me gusta. Solo quería confirmarlo para estar seguro.

Ella suspira y, para desesperación de Oot, tira lo que queda de agua con gas. A la abuela le fastidia esto, porque no le gusta que se desperdicie comida ni bebida, pero no comenta nada. Hace muchos meses que no cuestiona lo que dice Konstantin ni le responde nada que pueda parecer negativo. Lo tiene entre algodones, lo cuida como una enfermera abnegada, le coloca barreras para mantenerle a salvo. Si fuera por ella, él no saldría de casa nunca y pasaría la mayor parte del día en la cama, como si su enfermedad pudiera curarse como un resfriado. A veces, a Konstantin le gustaría que la abuela volviera a tratarle como un chico normal, lo regañase cuando fuera necesario y le dejase cerrar la puerta del baño mientras se ducha (ella prefiere que se quede entornada porque, si no, se imagina que Konstantin puede resbalar, hacerse daño y quedarse ahí durante horas sin que nadie se dé cuenta porque, con la puerta cerrada, no le oirían pedir ayuda. La abuela de Konstantin no es pesimista; contempla siempre todas las posibilidades. En eso, su nieto se parece a ella).

La abuela Amalia pide pizza, pero al segundo trozo dice que está cansada y se va a su cuarto a ver una película larga y en blanco y negro mientras los niños terminan la que han empezado en el salón. Moira y Konstantin fingen normalidad y cenan como si fuera corriente que Oot se siente en el sofá con ellos y discuta en voz baja con Moira si la cuatro quesos con piña es o no una abominación (Moira piensa que sí, Oot está abierto a experimentar).

La noche pasa deprisa. Oot, la abuela Amalia y Moira duermen profundamente, como de costumbre. Konstantin tiene un sueño intranquilo y con muchas interrupciones; eso también es habitual. Se desvela a las cinco de la madrugada, se levanta. Se pone un jersey sobre el pijama, con cuidado, y sale descalzo de la habitación. Recorre el pasillo a oscuras, comprueba que el resto de su familia duerme, incluidos sus padres en la casita de muñecas. Después coge sus llaves y sale de casa. Baja las escaleras y envía un mensaje al móvil de Bonnie.

«¿Estás despierta?».

Ella no responde. Se oyen pasos al otro lado de la puerta. Bonnie abre.

—Pasa.

La tienda de flores en la que trabaja Bonnie, que está en la esquina de la misma calle en la que viven, abre a las nueve de la mañana. De todas formas, ella suele estar en pie antes, porque hace yoga en casa y le gusta salir con tiempo para llegar a la tienda, despertar poco a poco a las plantas y preparar los arreglos que venderá ese día.

Aún es muy pronto y también ella está en pijama. El suyo, en contraste con el negro y sobrio de Konstantin, tiene un estampado de colores. Está despeinada, pero le da lo mismo. Se recoge el cabello en una coleta.

—Qué día tan extraño —comenta. Es su forma de darle a él la oportunidad para hablar del tema, si quiere. Algunas veces Konstantin aprovecha y lo hace. La mayor parte de las veces se calla. No porque no confíe en ella, sino porque considera que todo lo que él pueda decir, Bonnie ya lo sabe.

—Vamos a dar un paseo por el jardín —sugiere él.

—¿Seguro? —Konstantin asiente sin mirarla y ella no pone objeciones—. Espera un momento a que me cambie.

Se pone unos vaqueros y una sudadera antes de reunirse con él en la cocina. Konstantin es obstinado y ha intentado abrir la ventana. No ha podido. Ella se adelanta y lo hace con facilidad. Después saca una pierna y luego otra. Planta los pies en el tejadillo inclinado del cobertizo. Mira a Konstantin, intenta ocultar su preocupación. Él no puede auparse al alféizar. Duda. Frunce el ceño. Esa expresión de contrariedad tan suya. Apoya la espalda en el marco de la ventana, ancla un pie al suelo, hace fuerza, levanta el otro. Se queda inclinado, no sabe cómo seguir.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta ella.

—Por favor.

Bonnie le tira del hombro, lo sube al alféizar. Konstantin intenta sostenerse, pero sus brazos le traicionan. Sus ojos muestran una sombra de miedo. No a caerse, sino a admitir que ya no es capaz de hacer esto. Odia verse así de vulnerable.

—No puedo —susurra.

Lo responsable sería decirle que no pasa nada, que vuelva atrás, pero ella sabe que eso es igual que dispararle en el pecho.

—Haz todo el trabajo con las piernas —propone—. Es una cuestión de equilibrio.

Él busca el tejadillo con los pies. Nota la madera tibia contra la piel. Encuentra estabilidad en ella. Bonnie se aparta para dejarle espacio, pero se queda cerca. Salta al suelo ella primero, lo vigila desde abajo. Saltar es fácil. Hacen falta las rodillas, la

cadere. Es flexibilidad. Puede hacerlo. Lo hace. Ella le sujeta al aterrizar para que no caiga de boca, él se ríe. El triunfo eclipsa el hecho de que haya estado a punto de caerse. Bonnie no quiere pensar en cómo van a volver a subir.

Pasean por el jardín, sin hablar. La respiración de Konstantin se calma con cada paso. No hay un camino en el jardín, solo tierra y plantas, ramitas quebrándose bajo sus pies descalzos. Es el templo de Konstantin y Bonnie. Las hojas verdes y las flores reflejan el interior de ella, su desorden, su invulnerabilidad. La tierra, las sombras, el infinito nublado sobre sus cabezas son el paisaje interno de él. Los dos están en casa allí.

Las ramas delgadas de los arbustos acarician a Konstantin al pasar.

—Parece que te estén dando palmadas en los hombros —dice Bonnie—. Como si te deseasen suerte.

Él levanta la mirada hacia ella, un poco sorprendido.

—Puede que la necesite —responde—. Tal vez me vaya de excursión.

—No es un buen momento. Mira cómo están los inciensos. Iban a echar flores ya, pero se lo han pensado dos veces. Deben darse cuenta de que aún van a venir algunos días malos antes de la primavera.

Un helicóptero del ejército pasa a poca altura, pueden escuchar las hélices. Los dos lo contemplan en silencio.

—Bonnie, creo que no debería venir más al jardín —susurra Konstantin—. Me cuesta mucho bajar. No sé cómo voy a salir ahora, la verdad —se ríe, pero esto no tiene nada de gracioso.

—Menos mal que lo has dicho. Lo estaba pensando, pero no quería ser esa persona que tiene que hacer el comentario y fastidiar el momento. Igual no deberíamos haber venido.

—No, me hacía falta. Es difícil aceptar que es la última vez que hago las cosas. —La voz de Konstantin es serena.

Bonnie se sienta en uno de los tocones que quedan de dos árboles que se cortaron hacía unos años, cuando algunos vecinos se quejaron de que sus ramas no les permitían disfrutar de las vistas desde sus terrazas.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunta.

—Sí. Si mis padres no vuelven antes de que... —Konstantin calla, busca las palabras adecuadas—. Mi hermana es muy pequeña y mi abuela, muy mayor. Llegará un momento en el que la abuela ya no pueda hacerse cargo de Moira. Al contrario, hará falta que alguien la cuide a ella. ¿Qué van a hacer si yo no estoy?

—No se quedarían solas, cuenta conmigo. Pero tus padres volverán antes. Seguro.

—Gracias.

No se abrazan, no saben hacerlo. En lugar de eso, Bonnie esboza una sonrisa incómoda y Konstantin asiente. Él duda, se pregunta si debería contarle a Bonnie todo sobre sus padres, Oot, el otro lado. Está a punto de hablar cuando ella se le adelanta:

—Está amaneciendo —observa—. Creo que hay unas cajas en alguna parte al fondo del jardín. Voy a buscarlas, a ver si nos sirven para que subas al cobertizo.

Konstantin Milosevic se queda solo en su templo. Cierra los ojos y disfruta del susurro de las hojas, que ahoga el runrún de la

ciudad. Cuando los vuelve a abrir, descubre que a su alrededor las plantas se han oscurecido. Están cubiertas por flores negras, que se mueven, tiemblan, levantan el vuelo. Mariposas nocturnas de todos los tamaños que rodean a Konstantin y rozan su rostro con las alas.

—Vuestras primas diurnas solían acompañar a mi hermana —susurra él.

Revolotean en una dirección, le empujan. Konstantin se deja guiar hasta el cobertizo. Entonces, al levantar un pie para dar otro paso, lo apoya en el aire y asciende en una espiral de mariposas. Su silueta, con los brazos caídos, la cabeza echada hacia atrás, la cara hacia el cielo, se recorta contra la claridad nocturna de la ciudad, la luz anaranjada de las farolas, la contaminación luminiscente en el cielo. Konstantin Milosevic vuela sobre el cobertizo y hasta el alféizar de la ventana de Bonnie.

Ella vuelve sin la caja, reniega en voz alta porque no la ha encontrado y pierde el habla al ver a Konstantin ahí arriba.

—He volado hasta aquí —dice él, anticipándose a su pregunta.

Ella no lo entiende. Sigue la mirada de Konstantin cuando él contempla cómo las mariposas negras bajan en espirales al jardín, esquivan a Bonnie y se funden de nuevo con la vegetación.

—Adiós —dice Konstantin.

—No te despidas —protesta Bonnie, mientras escala al tejadillo—. Encontraremos la forma de que vuelvas a bajar. Tal vez podamos hacernos con una copia de la llave del jardinero.

Konstantin tarda un momento en entender que ella cree que se ha despedido del jardín.

—¿No las has visto? —Entran en la cocina y Bonnie le mira interrogante—. ¿No has visto las mariposas negras?

—No —responde ella—. Aquí no hay, menos mal. Son un presagio de muerte.

Los goznes de la ventana están oxidados, pero ella sacude la hoja y la cierra con firmeza.



Capítulo II

La larva



Konstantin no se calla hasta que Moira ha salido de la cama. Después se va a su cuarto para vestirse. Su hermana es lenta porque está medio dormida; él, porque se mueve despacio y medita la elección de cada prenda. Una camiseta morada que le sienta especialmente bien, bonita y simple, arreglada pero informal en combinación con los vaqueros oscuros. Ropa interior gris plomo con una línea azul, un tono más claro que el de la camiseta. Una sudadera naranja oscuro que destaca sobre la tela vaquera. El cabello peinado, con un desorden muy cuidado, en el que ningún bucle está fuera de su lugar. Konstantin Milosevic es un adolescente extraordinariamente metódico y la imagen que proyecta al mundo es la de un adolescente extraordinariamente metódico, ni un poco más ni un poco menos.

La abuela aparece en la cocina, con los rulos puestos y su bata de flores, cuando ellos ya están terminándose respectivamente el café con leche y el cacao (Moira odia el café). Les da un beso y les desea que pasen un buen día antes de meterse en el baño.

—No me dejarán subir en la ruta escolar, así que iremos con el autobús urbano —expone Konstantin—. Tenemos que salir con algo de tiempo.

—Si llego tarde, no pasa nada —le tranquiliza Moira, quitándole importancia—. Tengo Matemáticas a primera hora.

—No vamos a llegar tarde.

Sin preguntar a nadie, Oot trepa por la espalda de Konstantin y se acurruca en la capucha de la sudadera. Desde ese puesto se siente importante mientras es transportado hasta la planta baja en el ascensor y después por la calle. Se está bien ahí dentro, es un nidito de algodón muy apañado. Los dos hermanos van cogidos de la mano y Moira está entusiasmada porque por fin va a poder introducir a Konstantin en el universo que ella habita a diario. Oot se aletarga con la voz de la niña, aunque procura no dormirse del todo. Es su primer día en el otro lado y, aunque ellos aún no hayan comprendido del todo que en este lugar las reglas son distintas, él sabe que le van a necesitar.

En la parada del autobús hacen cola unas criaturas inmensas, con pelajes en una gama de colores tierra y grises. No son más de siete, pero logran ocupar toda la acera. Konstantin agarra un poco más fuerte la mano de Moira y se colocan detrás de ellas, a una distancia prudencial. Los seres bostezan, tienen los ojos medio cerrados. Sus cuerpos se tambalean. Parecen a punto de derrumbarse.

Llega el autobús y se detiene a tres metros de la parada. Las criaturas caminan con pasos lentos hacia la puerta. Konstantin y Moira las adelantan; una de ellas se gira deprisa, a una velocidad antinatural, agacha la cabeza dando una dentellada al aire y mues-

tra, a pocos centímetros de la cara de la niña, tres hileras de dientes que se superponen. Moira chilla; Konstantin quiere tirar de su brazo para esconderla detrás de él, pero sus músculos lo traicionan. Por suerte, la criatura solo los estaba amenazando: se vuelve de nuevo hacia el autobús y sube al vehículo con movimientos pesados. Las demás van detrás; los niños esperan hasta que solo quedan ellos y se cuelan dentro cuando las puertas ya se están cerrando.

—Dos euros cada billete —dice el conductor del autobús.

Konstantin los paga y Moira recoge los dos pedacitos de papel que le tiende el hombre. Luego avanzan hacia el fondo del vehículo, que se pone en marcha. Moira sostiene a su hermano para que no pierda el equilibrio.

—Me vendrían bien las mariposas ahora —comenta él.

—¿Qué mariposas?

—Ahora te lo cuento. Vamos a sentarnos.

Las criaturas se han apoderado de todos los asientos. Algunas ocupan uno y medio, se desparraman sobre ellos. Moira busca a la menos amenazadora.

—Disculpe, ¿podría dejarnos su asiento? —La criatura la mira, sin responder—. Es que mi hermano está...

—Déjalo, Moira —interrumpe él, en voz baja—. Hay dos asientos libres ahí detrás.

Caminan un poco más, con cuidado, luchando contra la inercia que quiere derribarlos en cada curva. Los huecos libres están junto a la ventana y la criatura que se interpone entre ellos y los niños se niega a moverse del sitio. Tienen que pasar sobre su regazo, manchándose las manos y las rodillas de una sustancia pegajosa en la que aquel ser está rebozado.

Konstantin saca un pañuelo de tela de su bolsillo. Es blanco y tiene bordadas las iniciales de su padre. Se limpia las manos con él; tiene que repetir el gesto muchas veces porque no es capaz de frotar con fuerza.

—Esta mañana, antes de que saliera el sol, había mariposas en el jardín —explica, en voz baja—. Bonnie no las vio. Creo que pueden pertenecer al otro lado.

—Si estamos en el otro lado ahora, deberíamos llamarlo este lado —reflexiona Moira, arrugando la nariz—. Así que ahora el otro lado es el normal.

—Eso es un lío. Será mejor que los llamemos Primer Lado y Segundo Lado. Nosotros estamos ahora en el Segundo Lado.

La criatura que hay sentada delante de Moira les mira fijamente, sin el menor pudor. Está escuchando su conversación. Konstantin frunce el ceño, incómodo. Moira saluda con la mano, pero la criatura no responde ni aparta la vista.

—Qué raro que vieras mariposas —comenta Moira—. Hace aún mucho frío para ellas. Tienen que aparecer en primavera, como las flores. Sus colores no aguantan bien el invierno.

—No eran de colores. Eran negras.

Moira entorna los ojos, intrigada. A su alrededor hay una reacción inmediata. La criatura que les espía sin disimulo da un respingo y mira bruscamente hacia la ventana. El ser pringoso que está sentado a su lado lanza un gruñido de aprensión y se levanta con mucha dificultad para quedarse de pie en el pasillo, lo más lejos que puede de ellos. La radio del autobús crepita y se apaga.

—Mariposas de la muerte —espetea el ser que se ha levantado—. Ojos que vigilan en la oscuridad.

El autobús se detiene y todos los presentes dan un pequeño salto hacia delante. Konstantin se pone de pie y baja al pasillo, seguido por su hermana. Las criaturas se apartan, lo cual facilita la maniobra de salir del vehículo. Después de que Moira salte a la acera, las puertas de este se cierran pegadas a sus talones. El autobús se pone en marcha deprisa y se aleja de allí como si lo estuvieran persiguiendo.

Moira y Konstantin caminan dos manzanas hasta la puerta del colegio, que está cubierta de rejas de metal, como si fuera una jaula. Los dos entran juntos, pero una mujer alta, vestida con un babi azul, los detiene en la puerta.

—¿Y vosotros a qué clase vais?

—Yo voy a segundo A —dice Moira, con mucha dignidad—. ¿Y usted quién es?

Oot se ríe dentro de la capucha, pero por suerte la mujer del babi no le escucha.

—Yo soy su hermano —dice Konstantin—. Tengo que hablar con su tutora.

—Solo pueden entrar alumnos del centro.

Él frunce el ceño, irritado por las normas absurdas.

—¿Y si soy alumno del centro? —pregunta, desganado.

—¿A qué clase vas?

Moira y Konstantin cruzan una mirada.

—A sexto C —miente él.

—¿Cómo te llamas? —La mujer saca del bolsillo delantero del babi un fajo de listas y repasa los nombres.

—Víctor.

—No estás en la lista, Víctor. ¿Es tu primer día?

—Sí.

—Tendremos que hacerte un examen de nivel.

Konstantin la sigue por el pasillo lleno de niños y adultos; estos últimos son tan altos que es imposible distinguir sus rostros. Moira camina muy cerca de él, escondiéndose tras sus piernas.

—¿Es esto siempre así? —le pregunta Konstantin en un susurro.

—Solo en el Segundo Lado —responde ella.

Entran en un aula vacía, alargada, con un solo pupitre y estanterías llenas de pilas de papel blanco impreso. A un lado de la habitación, varias ventanas dan al patio. La mujer del babi cierra la puerta. Moira aprovecha para escabullirse y esconderse detrás de una estantería. Konstantin se sienta con parsimonia en la única silla, frente al pupitre, que le queda pequeño.

—El examen será sobre el realismo literario —anuncia la mujer del babi, con una sonrisa cruel.

Levanta una pila de papeles y la acerca amenazadora, pero antes de que pueda dejarla sobre el pupitre, Konstantin responde sin inmutarse:

—Vaya, pues esa corriente estética no es mi favorita, aunque suponga una ruptura con el romanticismo, que tampoco me entusiasma demasiado. Tengo que admitir que «la reproducción exacta, completa, sincera, del ambiente social y de una época», si puedo citar la descripción que dio la revista *Realismo* en el siglo XIX, me resulta un poco aburrida.

La mujer del babi se detiene, estupefacta, e intenta contener un gesto de contrariedad. Puede que sospeche que Kons-

tantin es demasiado mayor para estar en sexto y por eso haya elegido un tema particularmente difícil para un niño de primaria, pero aun así no esperaba encontrarse con una respuesta tan clara. Se lo piensa dos veces y guarda de nuevo los folios del examen.

—¿Cómo sabes lo que es el realismo?

—Leí *La dama de las camelias* en una edición con un prólogo muy interesante sobre los inicios del realismo.

—Eres muy joven para leer *La dama de las camelias*. Estás mintiendo.

—Hay niños que con seis años son prodigios de las matemáticas. ¿Por qué no iba yo a entender la historia de Margarita?

—Esos niños son muy inteligentes. Si tú fueras como ellos, estarías con un ordenador o haciendo experimentos de física, no leyendo clásicos. Los genios no se interesan por las letras.

—Vaya. Hágame el examen entonces.

—Te lo haré de matemáticas. Así sabrás lo que es una materia difícil.

A Konstantin le gustan más las palabras que los números, pero se siente plenamente capaz de resolver cualquier problema matemático en un examen de primaria. Ha perdido el interés en discutir con la mujer del babi, porque su desprecio por las humanidades ha servido para caracterizarla como estúpida y él no tiene tiempo que perder, así que quiere dar el asunto por concluido lo más pronto posible.

—Oh, no —dice desapasionadamente—. De matemáticas no. Si me interesa la literatura es *evidente* que tengo que ser *del todo incapaz* de resolver un problema matemático.

La mujer del babi no entiende la ironía y aplaude, satisfecha. Le coloca delante una pila de folios, por lo menos seiscientos o setecientos, y agita un índice severo hacia él.

—Tienes cuarenta y cinco minutos —le advierte—. Utiliza un bolígrafo azul, cualquier otro instrumento significará el suspenso inmediato.

Sin esperar respuesta, sale del aula. Se oye cómo cierra la puerta por fuera, con llave.

—Un *bolígrafo* —repite Konstantin, con desdén.

Moira sale de su escondite y corre hasta la ventana.

—Podemos escapar por aquí. Será mejor que no te vea nadie o sabrán que eres mayor.

—Acerca la silla a la ventana.

Ella obedece y se encarama al mueble para alcanzar la manilla. Abre la ventana y se vuelve hacia su hermano.

—¿Puedes?

—Sí. —A él le costaría mucho responder negativamente a esa pregunta, así que, por defecto, va a decir que sí—. Ve tú primero.

Moira trepa al alféizar y salta por la ventana. El suelo no está demasiado lejos. Desde allí observa a Konstantin subir a la silla y seguir sus pasos, despacio pero con seguridad, sin utilizar las manos en ningún momento. Baja al patio con ella, de un salto, y deja la ventana abierta.

—Tenemos que encontrar un escondite —dice Moira.

Por suerte, Moira no es ya una alumna de primero y conoce a la perfección los recovecos secretos del colegio. Conduce a Konstantin hasta un rincón apartado en la biblioteca, donde

guardan los libros infantiles con moraleja que nadie lee nunca. Allí, junto a la pared y entre dos estanterías de metal cargadas de historias, hay un sillón bajo de color naranja en el que Konstantin puede acomodarse. Moira está encantada de ayudar a su hermano y también de perderse la clase de Matemáticas.

—Vete ya —dice Konstantin, cortándole el rollo de forma implacable—. Pídele a Claudia la goma y vuelve en el recreo.

Moira se marcha a regañadientes. Él se queda allí con Oot, lee *El pequeño lord Fauntleroy* y otras historias de niños ejemplares que llaman a su madre «querida mamá» y dicen cosas como «mucho me temo que no podré tomar postre, pues tantas verduras me han satisfecho», y se ríe por lo bajo.

Poco después de que suene el timbre que anuncia el principio del recreo, Moira se asoma por el extremo del pasillo entre las estanterías. Trae un semblante muy serio y hace una pausa dramática antes de hablar.

—Kosta —pronuncia, en voz baja y solemne—. Ha corrido el rumor de que mi hermano mayor está aquí y hay una niña que quiere verte.

—¿Para qué?

—Quiere pedirte un favor... Ayuda con un problema que solo alguien mayor podría solucionar...

—Haz que pase.

Oot se revuelve en la capucha, pero Konstantin encoge un hombro como aviso para que se quede quieto. Moira se marcha y reaparece con Sara, una niña de sexto de primaria. Konstantin aparta el libro y le hace un gesto a su hermana para que lo coloque de nuevo en el estante.

—Konstantin Milosevic, qué pasa —saluda haciendo una graciosa reverencia de baile clásico—, me llamo Sara y estoy sufriendo una injusticia. —Se queda de pie frente a Konstantin y sacude la cabeza para que sus dos trenzas oscuras se coloquen detrás de sus hombros menudos—. Moira me ha hablado de ti.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que eres capaz de lograr cualquier cosa que te propongas. Que en vuestro edificio la presidenta de la comunidad es tu marioneta y tienes todos los votos en las asambleas. Que siempre consigues que la abuela compre helado del que prefieres tú.

—Todo es verdad. Cuéntame qué quieres de mí.

—En este colegio se elige cada año un representante de alumnos. Esta persona es la que habla con los profesores y la directora de cualquier tema que afecte a todos los niños. Se le pueden pedir cosas o contarle problemas y el representante ayuda a todo el mundo. Yo me presenté este año como candidata, y parecía que iba a ganar porque siempre me preocupo por los demás y la gente lo sabe.

—Es cierto —secunda Moira.

Konstantin asiente en su dirección.

—Mi contrincante, Felipe, solo quiere ser representante de alumnos para saltarse las clases cuando haya reuniones. Es todo lo que le importa y todo el colegio lo sabe.

—Y, sin embargo, te ha vencido en las urnas —adivina Konstantin.

—Sí, Konstantin Milosevic.

—¿Cómo se las ha ingeniado?

—Ha hecho trampas. Él y sus amigos metieron un montón de votos falsos, pero como los profesores nunca lo revisan, ha ganado de todas formas. Ayúdame, por favor, Konstantin Milosevic —suplica Sara—. Ayuda al colegio entero.

Konstantin reflexiona un momento en silencio y nadie se atreve a interrumpirle. Después saca del bolsillo de los vaqueros un teléfono móvil.

—Está bien. Te ayudaré —afirma—. Algún día podrás devolverme el favor.

Sara asiente fervorosamente. No sabe en qué podrá ella ayudar a Konstantin, pero está encantada de aceptar el trato.

—Claro, Konstantin Milosevic. Pero, dime, ¿cómo harás para ayudarme?

Él sonríe.

—Deja que haga una llamada.

Es fácil encontrar en internet el teléfono del colegio. Konstantin aguarda hasta que la conserje atiende la llamada. Explica que es el padre de «Alba» y que necesita hablar con la directora, la señora Suárez. Hay unas setecientas Albas en cada colegio del mundo, así que la mentira cuela. Konstantin espera mientras se traspa la llamada, después saluda a la directora y, sin presentarse, le comunica que ha habido un caso de fraude en las elecciones de representante de alumnos. También dice que es una vergüenza que se toleren estas cosas y pregunta si este es el ejemplo que se quiere dar a los niños. No le parece bien que su hija pueda acabar con la idea de que la presencia de gente corrupta en posiciones de poder es tolerable. La directora se deshace en disculpas, asegura que no tenía noticia de este problema y que

se procederá a hacer un recuento de los votos cotejándolos con las listas de alumnos. Luego le pregunta cómo se llama y de qué alumna es padre, pero Konstantin solo dice:

—Espero que se tomen medidas cuanto antes. Si no, volveré a saber de mí. Buenos días. —Y cuelga el teléfono.

Sara da saltos de alegría.

—¡Has estado genial! Muchísimas gracias.

—De nada —concede Konstantin, muy calmado.

Moira escolta a Sara hasta la entrada de la biblioteca y regresa con una niña de su edad, Claudia. Tiene grandes ojos castaños; expresan una sensibilidad que choca con el aura de entereza insolente que rodea a la chica por lo general. En este momento, sin embargo, se muestra contrita. No hay necesidad de disimular delante de los hermanos Milosevic.

—Tenemos un problema —anuncia Moira en tono sombrío—. A Claudia le han robado el estuche.

Los ojos de Konstantin se abren un poco más de lo normal y él ladea la cabeza, en un gesto que pide explicaciones. Claudia suspira, derrotada. Se resigna a su destino.

—Lo siento. Tendría que haber guardado mejor la goma. No lo he podido evitar.

—No pasa nada. —Moira le perdona la vida—. Tendremos que recuperarlo.

Claudia vuelve a disculparse y sale corriendo de la biblioteca.

—Kosta, tengo otro mensaje para ti —dice Moira—. Un niño de cuarto que se llama Alfredo te quiere ver. Dice que tiene un negocio que proponerte.

—Hazle pasar —dice Konstantin con hastío. Empieza a cansarle este juego.

—Se ha ido ya. Dice que te esperará en el baño de los chicos del piso de abajo.

Oot sale de la capucha, refunfuña y sacude los bigotes. Se le han dormido las patitas, así que las saca una a una y las estira un poco.

El recreo dura menos de lo que a todos les gustaría, así que tienen que actuar deprisa. Celebran un pequeño concilio allí mismo y esbozan una estrategia. Después, Moira, con Oot escondido en la chaqueta del uniforme, acompaña a Konstantin al baño del piso de abajo, guiándolo por los atajos menos transitados para reducir el riesgo de que los profesores le pillen.

—¡Voy a entrar en el baño de chicos! —Cruzar la barrera de la puerta va en contra de todas las leyes del colegio y de la sociedad, y a Moira parece encantarle.

—Es un baño —responde Konstantin, inexpresivo—. Uno como cualquier otro. En las casas de la gente va todo el mundo al mismo baño y a nadie le pasa nada. Venga, vamos. Si entra alguien, le dejamos que se ocupe de sus asuntos y nosotros nos centramos en los nuestros...

Cuando están a unos pasos de la puerta, esta se abre. Sale una niña alta, que tuerce hacia el otro lado del pasillo sin ver a Konstantin y a Moira y se aleja con gesto desenvuelto. Konstantin lanza una mirada de reojo a su hermana.

—Parece que no vas a ser la primera —señala.

—Esa es Anita —comenta Moira, con el ceño fruncido—. Es la jefa de las populares. ¿Qué se le habrá perdido ahí?

—Da igual. Nosotros a lo nuestro. —Konstantin no tiene tiempo para el mundo del cotilleo escolar.

El baño tiene el suelo encharcado, hay algún grifo roto. Se oye el fluir del agua y todo huele a los agresivos productos de limpieza que utilizan en el colegio. Moira se arrima un poco más a Konstantin, con ademán protector de guardaespaldas competente. Él la mira de reajo y no hace ningún comentario.

—¿Hola? —llama.

La puerta de uno de los cubículos, el del fondo, el más grande y ambicionado, se abre. Salen tres chicos, todos ellos de quinto, de esos que juegan a las cartas en un rincón del patio del recreo. El más grande es Alfredo. Lleva gafas y frunce la nariz para subírselas, el esfuerzo de levantar la mano para hacerlo es un gasto inútil de energía para él.

—Milosevic —saluda—. Gracias por reuniros conmigo.

—Podríamos haber hablado en la biblioteca —responde Konstantin.

—Prefiero hablar con vosotros aquí, ni en vuestro territorio ni en el mío. Es lo más apropiado para este asunto.

—¿Hay algún problema?

—No, no. Solo negocios.

Alfredo pasea por el baño, sus deportivas hacen chuf chuf sobre el agua. Konstantin, Moira y los otros dos chicos no se mueven, pero le siguen con la mirada. Konstantin se queda quieto, coge aire, lo exhala lentamente, ladea un poco la cabeza. Está muy relajado o eso parece.

—¿De qué se trata?

—Dicen que tienes poder en las altas esferas de este colegio.

—¿Quién lo dice?

—Se comenta que estás detrás del ascenso al poder de la representante de alumnos —continúa Alfredo, sin responder—. ¿Es así?

—Puede ser.

—Me gustaría que utilizases tu influencia para garantizar la seguridad de mi empresa —solicita Alfredo—. Por supuesto, querría compartir beneficios a cambio. No contigo, porque sé que ya no operas en el colegio, pero sí con tu hermana.

—Deja de intentar comprarnos y cuéntanos qué es lo que tienes entre manos. No tengo todo el tiempo del mundo.

Alfredo se detiene delante de él y le lanza una mirada calculadora.

—Se trata de unos cromos de fútbol que queremos vender a los niños de primero y segundo. Los fabricamos nosotros, son casi iguales a los auténticos.

—¿Cromos falsos? —interviene Moira—. Los pequeños no querrán comprároslos a vosotros. Sabrán que son copias. Vosotros nunca os habéis interesado por ese tipo de mercancía.

Alfredo suelta una carcajada comedida.

—No los venderemos nosotros personalmente. Lo harán los futbolistas, a cambio de un porcentaje de las ganancias. Los peques se fiarán de ellos porque son expertos en el tema... Y además tienen esa absurda admiración por ellos. —Y se encoge de hombros como quien lo tiene todo controlado.

Moira desvía la mirada y suelta un bufido displicente. Konstantin parpadea, pero no altera su expresión.

—Nos hemos reunido contigo porque creo que eres un chico serio y te respetamos —dice, en tono sosegado—, pero tenemos que responder que no. La estafa es un negocio sucio... —Alfredo va a protestar, pero Konstantin le hace callar con un movimiento discreto de su mano—. No, no, los negocios ajenos nos son indiferentes. Puedes dedicarte a ello si quieres.

—Los niños estarán contentos con estos cromos, que no podrían conseguir al precio normal —insiste Alfredo, que no sabe reconocer una negativa firme—. ¿Sabes cómo son las pagas de los niños de primero y segundo? Ínfimas. ¡Ínfimas, te digo! No es justo que no puedan tener cromos por ser pequeños. A ellos les da igual que sean auténticos o falsos...

—No dudo que tu negocio irá muy bien y te felicito —le corta Konstantin—. Pero nosotros no tomaremos parte en él. Gracias.

Hace un gesto a Moira y ella le abre la puerta. Las de los baños son muy pesadas.

Dan un rodeo largo de vuelta a la biblioteca, porque no se fían de Alfredo y sus compinches. Hacen bien, porque según han salido del baño, el líder de los jugadores se ha subido las gafas moviendo la nariz, ha entornado los ojos y ha dicho:

—Acabad con ellos.

Entonces, uno de los chicos que le acompaña, Jacinto, le ha dado una buena torta al otro, Armando. No ha sido fuerte, solo lo suficiente para que a este se le salten las lágrimas y se le ponga la mejilla colorada. Es justo como tiene que estar para acercarse a la profesora que está de guardia, interrumpir sus gritos desani-

mados («¡Paula, baja del árbol! ¡Enrique, si tengo que llamarte la atención una vez más, vas a la directora! ¡Pepi, basta ya de cantar! ¡Prohibido saltar a la comba! ¡Nada de reírse! ¡Ya está bien de tanto juego!») y decirle:

—Profe, ¡me han pegado!

—¿Quién ha sido? ¡Que vaya al despacho de la directora!

—Un chico mayor, como de instituto. Konstantin Milosevic. Se ha colado en el colegio y está metiéndose con los niños...

A la profesora se le salen los ojos de las órbitas. Con los largos brazos arrastrándose por el suelo, se desliza hacia la conserjería con la determinación de un iceberg en el océano. Pronto se oye por megafonía:

—Atención, atención. Tenemos un intruso. Es Konstantin Milosevic y es peligroso. Si alguien lo ve, que dé la voz de alarma. Hay que tomarlo preso. Konstantin Milosevic, será mejor que te entregues o habrá consecuencias.

Y tras un momento de duda, la voz añade:

—Konstantin Milosevic, por favor, acude al despacho de la directora inmediatamente. Muchas gracias.

Cincuenta y dos docentes altos como árboles, con caras imposibles de distinguir y movimientos implacables, salen de la sala de profesores como un ejército sombrío. Se desperdigán por los pasillos, cubriendo toda la zona.

Konstantin echa a correr detrás de Moira. Lo odia, porque sabe que, si se cae, sus brazos no tendrán fuerza para sostenerlo o proteger su rostro. Se sabe vulnerable y lo lleva mal. El pasillo se alarga delante de ellos. Se oye un aullido. Un profesor ha

doblado la esquina y los ha visto. Su voz es como una sirena que resuena en todo el colegio. Pronto aparecen más, por las escaleras, saliendo de las clases, detrás, delante, en todas partes.

—PROHIBIDOCORRERPORLOSPASILLOS —braman a coro.

Konstantin y Moira son más rápidos, pero ellos son más numerosos. Los acorralan.

—¡Kosta! ¡Por aquí!

Moira se ha adelantado y le hace señas desde una de las salidas de emergencia. Konstantin cambia de rumbo. Una gigantesca figura se interpone entre ellos y la salida. Lleva el uniforme blanco y vaporoso del personal de limpieza.

—PROHIBIDOUSARLASSALIDASDEEMERGENCIA —brama.

—Se trata de una emergencia —grita Moira.

—SINEXCEPCIONES.

Moira se tira al suelo y resbala entre las piernas de la colosal criatura. Konstantin no es tan ágil ni quiere arriesgarse a romper sus pantalones; pasa junto a ella, aprovechando la distracción, y esquivo con gracia la fregona con la que esa persona intenta golpearle.

Los dos traspasan el umbral y Moira se apresura a cerrar la puerta. Los profesores y el personal de limpieza se agolpan contra el cristal, ululando su disgusto y estupor.

—No pueden pasar, va contra las normas —dice Oot—. Pero enseguida encontrarán otro camino. Será mejor que nos marchemos de aquí.

—Yo conozco un escondite —asegura Moira.

Bajan las escaleras de incendios hasta el patio de cemento que conduce al gimnasio. Allí, al fondo, en un recoveco que no lleva a ninguna parte, hay un lugar tranquilo y recogido. Konstantin apoya la espalda en la pared y se deja caer, despacio. Respira, hunde la cabeza para reordenarse el cabello, se recompone.

—Ha estado cerca —admite.

—Alfredo nos ha delatado —Moirira aprieta los labios. Su expresión deja claro que el traidor no saldrá indemne.

Konstantin sacude la cabeza, pensativo, y se acaricia los labios con el dedo índice. Está estudiando sus opciones, pero Moira es más rápida que él:

—No puedes salir de aquí, Kosta. Es demasiado peligroso. Déjalo en mis manos.

Él aún no ha recuperado el aliento. Le duelen el pecho y los brazos, correr no ha sido buena idea. Asiente.

—No asumas riesgos innecesarios —dice. Y cuando Moira se marcha, añade, dirigiéndose a Oot—: Ve con ella y mantenme informado.

—¿Quieres que la vigile?

—No, Moira sabe lo que hace. No interfieras. Solo quiero saber qué es lo que pasa sin que ella tenga que estar yendo y viniendo.

—Muy bien. —Oot sale dando brincos detrás de la niña. No sabe en qué momento se puso a las órdenes de los hermanos Milosevic, pero no le inquieta demasiado.

Moirira mira a un lado y a otro al cruzar la puerta de la salida de emergencia. Las criaturas altas se han marchado ya.

—Están de caza —murmura para sí misma, con cinismo—. Oot, tengo que pedirte un favor.

El hurón suspira. Habrá más oportunidades de demostrar sus dotes de perseguidor discreto y silencioso. Escucha atentamente las instrucciones de la niña y sale disparado escaleras arriba.

Moira trota hasta la puerta del patio y sale al exterior con aire despreocupado. Se acerca a la zona de la fuente en busca de una botella de plástico vacía; la gente suele dejarlas en el alféizar de una de las ventanas que dan al patio, porque en esa esquina no hay ninguna papelera y los niños son demasiado vagos como para acercarse a la siguiente. En este momento, a Moira le viene bien el vandalismo de sus compañeros. Toma una botella, la rellena en la fuente y se acerca, con ella abierta, a la zona techada en la que se sientan los jugadores con sus cartas. Allí está Alfredo, con esa mueca tan característica, concentrado en una partida.

—Eh, Alfredo. —Moira salta a la pata coja, como si estuviese jugando a la rayuela.

—Moira Milosevic —saluda él, sin apenas levantar la vista—. ¿Qué tal está tu hermano?

Ella se acerca mucho, hasta casi pisar las cartas, se detiene, se balancea sobre sus propios pies.

—¿A qué estáis jugando?

—Cuidado, Alfredo, no vaya a mojar las cartas —advierte una jugadora.

—Ni se te ocurra —amenaza Alfredo.

No sabe que si las cartas se estropean será solo un daño colateral, porque el objetivo de Moira no ha sido ese en ningún

momento. Espera a que Alfredo se incorpore un poco para mirarla, irritado, y entonces no duda: vacía la botella en su entrepierna, empapando sus pantalones. Alfredo grita. La jugadora que está frente a él se apresura a salvar todas las cartas que puede. Moira echa a correr, pero los jugadores son más rápidos que ella y le agarran las piernas. Cae al suelo con un golpe sordo, suelta un quejido. Se ha arañado los codos y la barbilla, pero el dolor es soportable y no le impide luchar contra sus captores.

—Vete a la enfermería —le aconsejan sus amigos a Alfredo.

—No dejéis que se vaya —ordena él.

Moira sigue forcejeando mientras él se aleja corriendo hacia las escaleras. Hacen falta tres niños mayores para reducirla.

—¡No te va a servir de nada! ¡No les quedan pañales!

Tiene razón cuando dice que Alfredo no va a ganar nada acudiendo a la enfermería. La enfermera, un ser lánguido y malhumorado, no es capaz de hallar la muda de repuesto que se guarda allí para casos como este. Es imposible que la encuentre porque, en ese mismo instante, Oot la está enterrando, dentro de la bolsa de plástico en la que estaba guardada, en el cajón de arena del patio de Infantil.

—Ya somos muy mayores para hacernos pis encima —gruñe la enfermera, que tiene esa inquietante costumbre de algunos adultos de hablar en primera persona del plural a los niños—. Si nos sigue pasando, habrá que ponernos siete inyecciones, para ver si aprendemos.

—No me he hecho nada encima —protesta Alfredo—. Ha sido Moira Milosevic, me ha echado agua con una botella.

—Hay que ver, si es que somos capaces de inventar cualquier tontería antes que admitir que hemos tenido un accidente —dice ella, encorvándose para acercar su cara plana y sin rasgos a Alfredo. A él se le pone toda la piel de gallina—. No podemos quedarnos así. Habrá que llamar a papá y mamá.

Le obliga a quedarse de pie junto a la conserjería, expuesto a las risas de los niños que pasan por delante y señalan sus pantalones mojados, hasta que por fin llega su padre y se lo lleva de allí en coche. Y así queda Alfredo eliminado de la ecuación.

Entre tanto, los jugadores de cartas han llevado a Moira hasta la fuente y le han empapado el pelo y la ropa. Después la liberan y ella se aleja, sacudiéndose como un perro. No le molestan demasiado ni el agua ni la ignominia: ha conseguido lo que quería y eso es suficiente.

Al pasar cerca del centro del patio, donde los que juegan al fútbol campan a sus anchas, oye mencionar el nombre de Konstantin, así que, haciendo gala de una valentía sin límites, avanza de columna en columna, procurando no ser vista, hasta estar lo bastante cerca para espiar la conversación.

—Vaya pringado —dice Jaime—. Yo cuando esté en el instituto no volveré al colegio ni aunque me paguen.

—Dicen que él consiguió que Sara sea la representante de alumnos —comenta Aitana, una de las delanteras.

—No será verdad. Ahora está escondido por ahí, porque Alfredo alertó a los profesores. Qué máquina. Los ha puesto a todos detrás del rastro del Moluscovic ese.

—Le pillarán rápido porque es paralítico o algo así.

A Moira le fastidia aquello sobremanera, pero un bufido de Oot, que acaba de llegar y está en el suelo junto a ella, la distrae y le ayuda a contener la furia. El hurón señala con una de sus patitas en dirección a Jaime, y Moira enseguida entiende lo que pasa. El chico está jugando con un bolígrafo azul de purpurina que está segura de que es de Claudia. Ese miserable debe de ser quien ha robado el estuche.

Todos los niños del colegio saben que Jaime husmea en el ordenador de su madre, que es la profesora de Inglés, y copia los exámenes para poder pasárselos a sus compañeros de distintos cursos a cambio de un módico precio en golosinas. Las leyes no escritas del colegio impiden que un alumno se chive. La sola idea es abominable. Sin embargo, Moira está muy enfadada, así que decide tomar medidas radicales. Busca a la madre de Jaime, que por suerte está haciendo guardia en la cafetería, y se lo cuenta todo. Ella confía en su hijo, pero revisa su mochila y su pupitre y descubre las pruebas del delito.

La reacción es aterradora. Se hincha de rabia, se convierte en un globo inmenso y letal que surca el aire por el pasillo y el patio. Levanta a Jaime del suelo.

—CÓMOTREATREVES —dice haciendo un gorgorito.

Los niños contemplan horrorizados el hundimiento del líder de los futbolistas y después miran a Moira. Todos saben que ha sido ella.

—Tienes que marcharte de aquí —murmura Oot, que ha subido de un salto al hombro de la niña—, antes de que te linchen.

Moira ya era consciente de esto y se da la vuelta sobre la marcha para desaparecer del patio. Los futbolistas murmuran

entre ellos. Desde su atalaya junto al cuello de Moira, Oot ve cómo algunos jugadores de cartas se acercan corriendo. Los distintos grupos están aliándose. Esto no puede significar nada bueno.

Una futbolista echa a correr y adelanta a Moira. Se detiene junto a la puerta de entrada al colegio. Moira no la pierde de vista, por si intenta interceptarla, pero la chica se recuesta contra la pared.

—Escucha —le dice.

—No te detengas —aconseja Oot.

—Eres Moira Milosevic, ¿no? —dice la futbolista. Moira la mira y ella sonríe—. Pues que sepas que no eres la única que sabe chivarse. Tu hermano está en la sala de profesores...

—Vámonos —insiste Oot.

Entran al edificio, ni la futbolista ni los demás niños hacen nada por impedirlo. Moira camina despacio por el pasillo hasta que ya no pueden verla y entonces echa a correr hacia las escaleras. Sube los escalones de dos en dos hasta el segundo piso. Allí está la sala de profesores.

—Será mejor que no entres conmigo —indica Moira. Oot asiente y baja de su hombro.

—Buena suerte —desea.

Ella asiente, sin mirarle, toma aire y entra en la sala de profesores. Varios pares de ojos se clavan en ella.

—PROHIBIDO ENTRAR EN LA SALA DE PROFESORES —braman a la vez.

No hay salvación para Moira. La apresan y se la llevan por el pasillo, mientras ella forcejea.

—¡Era una trampa! ¡Dile a Konstantin que lo siento!
—grita.

Oculto detrás de una maceta, Oot espera hasta que el área está despejada y después se escabulle escaleras abajo.

Konstantin sigue en su escondite, con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados. No duerme; se pone recto en cuanto oye llegar a Oot y le interroga con la mirada.

—Necesito tu ayuda, Oot —dice cuando el hurón termina de exponer los acontecimientos—. Tendrás que llevar un mensaje mío a la representante de alumnos. Dada tu forma actual, puede que esto sea difícil. Si te parece demasiado, dímelo y buscaré la manera de hacerlo yo mismo...

Oot se queda inmóvil sobre sus patas traseras. Sus bigotes tiemblan ligeramente.

—¿Por qué me ofendes, Konstantin Milosevic? Nunca os he fallado. ¿Por qué me ofendes?

—Está bien. Ve a hablar con Sara. Nos debe un favor. Pídele que convenza a los jefes de todos los grupos del patio para que se reúnan conmigo en el baño de chicas dentro de cinco minutos.

Observa cómo Oot sale corriendo con agilidad y aprovecha el tiempo que tiene hasta que comience la reunión para ponerse en pie, estirarse y dar un pequeño paseo. La mañana es clara y luminosa. Desde ese patio posterior, puede ver los árboles de una plaza colindante, al otro lado del muro. Konstantin se pregunta si antes, cuando aún era bueno trepando, habría podido salir y entrar del colegio por allí. De pronto, un movimiento blanco entre las hojas. Konstantin se sobresalta.

Una lechuza le mira, a plena luz del día. Ulula suavemente y revolotea hasta el muro. No se detiene allí; entra en el colegio. Se posa en la barandilla de las escaleras.

—¿No es muy tarde para que estés aquí, Konstantin Milosevic? —pregunta el ave.

Konstantin parpadea despacio, se toma unos segundos antes de responder.

—También es muy pronto para que estés despierta tú. O muy tarde.

—Las dos cosas —responde la lechuza—. Y sin embargo, yo no tengo prisa alguna. Las lechuzas vivimos mucho tiempo.

—Dos años —responde Konstantin—. ¿No?

—Puede ser mucho tiempo si se utiliza bien.

El pájaro alza el vuelo y asciende hasta confundirse con el cielo, que está tan claro que parece blanco. «Reconozco el batir de las alas, sonido temeroso», piensa Konstantin. No es capaz de recordar dónde ha oído esas palabras antes, aparecen en su mente.

No puede detenerse a pensar en ello porque ya es la hora. Sube las escaleras y se dirige al baño de chicas. Ha esperado diez minutos, dispuesto a entrar allí el último, y al llegar saluda a los tres presentes con un movimiento de la cabeza. Son Susana, de los futbolistas; Carlos, de los jugadores, y Anita, de las populares. Konstantin esconde su asombro al ver a esta última.

Por supuesto. Estaba claro que ellas tenían algo que ver en todo este asunto. Tenía que haberse dado cuenta antes.

—Tenemos que resolver este conflicto —declara, muy tranquilo—. No podemos seguir chivándonos unos de otros. La venganza no traerá nada bueno...

—Es fácil para ti decirlo, Konstantin Milosevic —acusa Susana—. Jaime está castigado de por vida, pero tú sigues aquí.

—Sí, y a Alfredo se lo han tenido que llevar a casa —añade Carlos.

Konstantin asiente, con aire de pesadumbre.

—Eso es cierto, y lo lamento. Fijaos a dónde nos ha conducido la enemistad. Nada de lo que pueda decir nos devolverá a Jaime o a Alfredo, pero sí podemos evitar meter a más compañeros en problemas.

Anita chasquea la lengua y se cruza de brazos.

—Hablemos claro. No queremos que te interpongas en nuestro negocio de los cromos falsos. Es algo que a la larga nos beneficiará a todos, y tú, Konstantin Milosevic, ya no estás en el colegio. No tiene por qué afectarte a ti.

—Lo único que dije es que no quiero participar —se defiende Konstantin—. Ni yo ni mi hermana tendremos nada que ver en ese asunto. Pero no me entrometeré ni seré un obstáculo para vosotros. Lo podéis dar por seguro.

—Es todo lo que pedimos.

Los cuatro asienten.

—Bien. Ahora que nos estamos poniendo de acuerdo —dice Konstantin, suavemente—, habéis tendido una trampa a mi hermana y la tienen secuestrada los profesores. Me gustaría que la liberaseis.

—Podemos arreglar eso —asegura Carlos, el jugador.

Los cuatro chocan las manos para sellar el acuerdo y, a continuación, abandonan uno a uno el baño. Konstantin sale el último y toma un camino distinto en dirección al gimnasio. Va con

cuidado, atisbando al llegar a cada esquina para no encontrarse por sorpresa con un profesor.

—¡Hey! ¡Kosta! —Moira da saltos de alegría, disfruta de su libertad recién recuperada—. ¿Estás bien?

—Solo un poco cansado.

—Siéntate un momento. Ven. —Moira sabe que la clase del fondo está abierta siempre, porque la profesora de Ética nunca se acuerda de cerrarla. Guía a su hermano hasta ella y los dos se acomodan en la última fila—. ¿Dónde está Oot?

—Le he perdido la pista. Escucha, Moira. He tenido una reunión con los jefes de los grupos implicados en la estafa de los cromos falsos... y me he enterado de algo importante. Quien está detrás de todo esto no son los jugadores en realidad, sino las populares. ¿Sabes qué pueden estar ganando ellas en todo esto?

Moira lo medita un momento.

—Si los futbolistas no están acaparando el patio, sino vendiendo cromos, entonces ellas podrán tomar el sol —aventura—. Llevan queriendo quitarles de en medio desde principios de curso.

—Debe de ser eso. Ahora hemos pactado con ellos la paz, pero no me fío nada. Creo que Anita, la popular, sigue pensando que somos una amenaza para su negocio. Es probable que intente hacer algo contra nosotros. Ya ha dejado claro que a mí no me tiene en cuenta, porque no vengo todos los días, así que tú eres su objetivo. Si en algún momento las populares te invitan a una reunión, será con toda seguridad una trampa. No vayas. Y ten en cuenta que quien te haga llegar el mensaje de Anita será el traidor...

La puerta de la clase se abre de golpe e interrumpe su conversación. Es la profesora de Ética, que empieza a emitir esa sirena de alarma que atraerá al resto de los docentes. Konstantin se pone en pie de un salto, pero no tarda en darse cuenta de que esta vez no hay escapatoria.

—¡Kosta!

—Moira, escóndete —susurra él.

Ella obedece enseguida. La atención de la profesora está concentrada en el intruso y pasa por alto a la niña.

Con un suspiro, Konstantin camina hasta la puerta.

—Está bien, está bien. No hace falta que vengan todos. Me doy por apresado.

—ALDESPACHODELADIRECTORA —ruge la profesora.

—Muy bien —responde él, y sale del aula con dignidad.

El pasillo está repleto de docentes, pero ninguno de los más de cincuenta se acerca a Konstantin. Él avanza sin inmutarse, disfrutando del perímetro vacío a su alrededor. Moira espera a que todos se encaminen al despacho de la directora y les sigue después. En el recibidor del colegio, frente a la puerta de la secretaría, hay una congregación de alumnos que han acudido a presenciar la detención de Konstantin Milosevic.

Claudia, la amiga de Moira, se coloca junto a ella y le rodea los hombros con el brazo. La comitiva desaparece dentro del despacho de la directora, que se cierra tras los últimos profesores. Los niños permanecen allí, pero comienzan a charlar en corrillos.

—Hay alguien que quiere hablar contigo —susurra Claudia al oído de Moira.

Ella se tensa, pero intenta disimularlo. Han sido amigas durante mucho tiempo, desde el primer día de Infantil.

—¿Quién?

—Sara.

El corazón de Moira se ha desbocado, pero la expresión de su rostro no lo deja entrever.

—Si está aquí, dile que venga.

Claudia asiente y se retira. Algunos niños se acercan para decirle a Moira que lamentan lo que le ha pasado a su hermano. Ella agradece las palabras amables y espera allí hasta que Claudia regresa con la representante de alumnos, Sara.

—Siento mucho que Konstantin esté pasando por esto —dice Sara—. Me ayudó y no lo he olvidado... Como ves, conseguí que todos acudieran a la reunión que él quiso convocar...

—Sí, muchas gracias por eso —responde Moira.

—Estos son tiempos muy complicados —suspira Sara. Hace una pausa antes de añadir—: Como sabe que somos amigas, Anita ha hablado conmigo. Le gustaría conocerte y discutir unos asuntos. Dice que te encuentres con ella en la biblioteca. Está esperándote allí.

Moira asiente.

—Está bien. Gracias, Sara.

—Nada. Cualquier cosa que necesites, ya sabes.

Se aleja y Claudia la contempla con el ceño fruncido.

—No me gusta esto —admite.

Moira no tiene tiempo para dar explicaciones. Echa a andar y deja atrás a su amiga. La detención de Konstantin ha armado un gran revuelo y, aunque ha estado bien que se dejase caer por

allí para demostrar a sus enemigos que no se deja amilanar, no es buena idea quedarse demasiado rato.

Ya en el pasillo, Moira se da cuenta de que Oot está trotando a su lado.

—¿Dónde estabas?

—He estado hablando con unas niñas de tercero. Me han contado algo muy interesante.

—Cuéntalo cuando estemos con Kosta —propone Moira—. Si no, lo tendrás que decir dos veces y la segunda será muy aburrida para mí.

—¿Y cuándo vendrá Konstantin? —preguntó Oot, impaciente.

—Está en el despacho de la directora —dice Moira—. Le atraparon hace un rato. Pensaba que todo el colegio estaba allí.

—No todo. Estas niñas estaban en la biblioteca cuando ha entrado un grupo de populares, que se han instalado en los sillones de la entrada y se han quedado ahí, bloqueando la salida. Las niñas no se han atrevido a salir por miedo a que las populares creyeran que las estaban espiando. Es entonces cuando nos hemos hecho amigos.

—Anita estaba esperándome —dice Moira, sombría.

—Ah, ¿lo sabías? Esa era otra cosa que te quería contar. De todos modos, ya no está en la biblioteca. Por fin se marcharon y pudimos salir nosotros.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Las populares han vuelto al patio..., pero Anita no estaba con ellas. —Oot se detiene y mira a Moira con seriedad—. Moi-

ra, no irás a hacer una tontería, ¿verdad? No debes ir a buscar a Anita. Es muy peligroso.

—No, no... Solo quiero saber qué se trae entre manos.

Oot no se atreve a contradecirla, aunque su expresión muestra descontento. Disgustado, se marcha hacia el despacho de la directora. Una pena, porque, para compensar su escasa vista, el olfato de los hurones es muy bueno (aunque nadie lo diría teniendo en cuenta lo mal que huelen ellos mismos) y, si él hubiese seguido el rastro de Anita, la habrían encontrado mucho antes y no después de un buen rato y encima por sorpresa, sentada en las escaleras traseras, abrazada a Carlos, el jugador, con los dedos de las manos entrelazados.

Moira se queda helada en el sitio. Aquello es inaudito.

—¿Sois *novios*?! —exclama Moira, sin poder contenerse, con una mezcla de fascinación y repugnancia.

Anita y Carlos dan un brinco y separan las manos.

—¿Qué haces ahí? ¡Fuera! —chilla Anita. La niña echa a correr escaleras arriba, horrorizada, pero entonces la jefa de las populares se lo piensa mejor y la llama—. ¡Espera, espera! ¡Moira! No te vayas.

Moira asoma la cabeza por el hueco de la barandilla.

—¿Os dais *besos*? —pregunta, en el mismo tono de antes.

Anita levanta una mano con un movimiento circular y cierra los ojos un momento, en un ademán copiado a su madre que significa que no va a dedicar un segundo siquiera a responder a lo que le acaban de decir.

—No quiero que esto salga de aquí. Carlos y yo lo contaremos a todos cuando nos dé la gana, pero no antes. ¿Lo pillas?

—Compra mi silencio —dice rápidamente Moira.

—¿Qué quieres?

—Paz entre nosotras. Y también estoy buscando el estuche de Claudia. Alguien lo ha robado. Creo que fue Jaime.

—No se hable más. Yo puedo darte ambas cosas, pero a cambio, me prometes que no habrá ni un solo cotilleo. —Moira asiente, satisfecha—. Y ahora, pírate.

Justo entonces suena el timbre que indica que el recreo ha terminado. Moira vuelve a clase. No tiene ni idea de qué toca ahora, parece que el recreo en el Segundo Lado dura más que en el Primero. Así que va al aula de su clase, pero no encuentra a nadie; entonces va al gimnasio, pero no encuentra a nadie; luego va al aula de dibujo y, por fin, allí están sus compañeros. Ha tardado bastante en llegar y tiene que soportar la regañina de la profesora, pero obtiene una recompensa inesperada: sobre la mesa de Claudia está su estuche, con un pósito lila pegado. En él consta el siguiente mensaje: «Que esto quede entre nosotras», y la marca de un beso hecha con pintalabios.

El resto del día transcurre de un modo tan corriente que Moira olvida que está en el Segundo Lado, pese a la altura de los profesores y al Marcador de Popularidad que hay al fondo de la clase, en el que se pueden perder puntos por no jugar a algunos videojuegos o que te guste leer, pero los ganas si llevas el corte de pelo adecuado. Cuando termina la última clase del día, guarda la goma de borrar en el bolsillo y se acuerda de que tiene una importante misión. Se despide de Claudia, que se queda porque tiene extraescolares, y pone rumbo a la puerta principal del colegio.

Supone que tendrá que volver a casa en la ruta escolar, porque seguramente a su hermano lo hayan enviado de vuelta al instituto o hayan llamado a la abuela Amalia, pero no. Konstantin está allí, en el recibidor, sentado en uno de los bancos con las piernas cruzadas. Hay una mesita junto a él, con un vaso de agua con gas y un hurón muy satisfecho sobre ella. En el banco de al lado está sentada la mismísima directora Suárez. Se ríe y emite gorjeos complacidos por algo que acaba de decir Konstantin.

—¡Vaya, vaya, no me digas! —exclama—. Puedo creer que los años que pasaste aquí fueran los más felices de tu vida, pero ¿tanto como para tener el irreprimible deseo de volver solo para impregnarte de las ganas de aprender y el amor por el conocimiento que hay en este edificio?

—No se lo puede imaginar, se lo aseguro —responde él, que tiene puesta la sonrisa irresistible de su yo más encantador—. ¡Cuando recuerdo todas las anécdotas, todos esos instantes inolvidables...! ¡Sus discursos al principio y al final de curso, tan emotivos...! Siempre se me hacían cortos.

Hay un brillo de diversión en su mirada, pero la directora es insensible a él.

—Si quieres, puedo repetir el que pronuncié este año, solo para ti —ofrece la señora Suárez, entusiasmada—. Aún me lo sé de memoria. ¿Y es verdad que ganaste un premio literario el año pasado?

—Sí, por un análisis de los paralelismos entre algunas de las obras de...

Ella no le deja terminar.

—¡Maravilloso! ¡Un premio!

—No habría podido hacerlo sin la inspiración que recibí de este centro —afirma Konstantin—. Y el magnífico trabajo de la dirección del mismo.

La directora está prácticamente ronroneando. Moira no se atreve a acercarse mucho porque la situación es demasiado extraordinaria. Así que le llama desde una distancia prudencial:

—¡Kosta!

—Hola, Moira —responde él, con ánimo distendido, poniéndose en pie—. ¿Ya estás lista?

Ella parpadea de prisa, desconcertada. Es un gesto muy parecido al que hace su hermano cuando le cuesta entender algo.

—Sí. ¿Nos podemos ir? ¿Sin... más?

Konstantin sonríe.

—Gracias a la señora Suárez, he comprendido que, por mucha nostalgia que sienta por este lugar querido, no puedo colarme aquí dentro del horario lectivo. Lo lamento muchísimo. —Y le tiende la mano a la directora.

Ella la acepta como si él fuese una estrella del *rock* y ella estuviera en primera fila en su concierto.

—Pero puedes venir de visita al final de las clases —declara con fervor—. Siempre serás bienvenido aquí. Cuando vengas, sube a mi despacho y te enseñaré un discurso o dos.

—Gracias.

—No, gracias a ti por valorar tanto lo que este colegio ha hecho por ti. Hasta pronto.

Él asiente, libera su mano de entre las de la directora (con algo de dificultad, porque ella no está dispuesta a dejarlo ir) y coge en cambio la de su hermana.

—Adiós. Venga, Moira, vámonos. Tenemos que coger el autobús. Oot, termínate eso o déjalo.

Salen del colegio y caminan por la acera, disfrutando del sol, hasta que llegan a la parada de autobús y ya no hay compañeros de Moira cerca. Así pueden hablar con libertad.

—¿Tienes la goma? —pregunta Konstantin.

—Sí. —Moira la saca un poco del bolsillo, para enseñársela, y la guarda enseguida otra vez.

—Perfecto.

El autobús va vacío, así que pueden sentarse sin problemas. Oot ocupa un asiento él solo, aunque su cuerpo peludo resbala sobre el plástico y constantemente tiene que recolocarse. Moira coloca una mano sobre la pierna de Konstantin. No hablan, no hace falta. Contemplan la ciudad en el Segundo Lado: grandes tiendas cazando y devorando comercios pequeños, taxis que flotan y pasan por encima de los demás vehículos, árboles y señales de tráfico que tienen que apartarse del camino del autobús.

Desde su parada llegan en apenas unos minutos a casa. Suben por la escalera, despacio porque Konstantin no puede agarrarse a la barandilla y depende de su equilibrio. Bonnie los oye y abre su puerta cuando pasan por delante.

—Hola, chicos. ¿Qué tal el día? ¿Cómo es que volvéis a la vez?

—No tuve clase a última hora —miente Konstantin, aunque le duele engañar a su amiga—. Así que salí antes.

—Qué suerte. —Bonnie se mete en su apartamento un instante y emerge de nuevo con un cactus en una maceta. Tiene una flor azul muy llamativa—. Tomad. Es para vuestra abuela.

—Es muy hermoso —comenta Konstantin—. Gracias.

—No sirve solo para decorar. Los cactus alejan a las personas malintencionadas y a los intrusos. Además, absorben las malas energías electromagnéticas de los electrodomésticos.

Moira acepta la maceta y frunce un poco el ceño.

—¿Por qué necesita esto la abuela Amalia?

—Nunca viene mal. —Bonnie se encoge de hombros—. Hoy han estado en vuestra casa un hombre y una mujer muy extraños. Tenían un negocio de compraventa y querían llevarse esa casa de muñecas tuya tan bonita, Moira.

Los dos niños se sobresaltan y Moira está a punto de dejar caer la maceta.

—¿Y la abuela se la dio? —pregunta Konstantin, con la voz un par de octavas más aguda de lo habitual.

—No —responde Bonnie—. Creo que le pareció que tenían mala pinta y los despachó enseguida. A mi puerta no llamaron, y es una pena, porque tengo unos peluches viejos que gané en la feria y no sé qué hacer con ellos. Se los habría regalado.

—Vamos a comer, Moira —dice Konstantin—. Estará la abuela esperándonos. Gracias por el cactus, Bonnie.

Ella mueve la mano, quitándole importancia, y cierra la puerta.

Moira sube los escalones de dos en dos. Procura disimular la impaciencia, pero es difícil. Konstantin la sigue varios metros por detrás. Cuando llega a la puerta de casa, Moira ya ha tocado el timbre y la abuela acaba de recibir el cactus.

—Es muy bonito. ¿Le habéis dado las gracias a Bonnie? ¡Qué pronto habéis llegado! —exclama—. Voy a prepararos algo de comer.

Les viene bien que ella se meta en la cocina. Así pueden ir directamente al cuarto de Moira.

—Cierra la puerta —pide Konstantin.

Se arrodilla junto a la casa de muñecas. Él y Oot miran por las ventanas. Moira se reúne con ellos e intenta abrir la fachada de la casa, pero no lo consigue. Sigue cerrada, como la noche anterior.

—Mamá, papá —llama—. Abrid la casita, por favor.

Los dos muñecos están sentados a la mesa del comedor y la ignoran.

—Moira, yo creo que te cabe la mano por esta ventana. No vas a poder sacarlos, pero si tiras de ellos, yo podré borrarles la mordaza... —dice Konstantin.

Lo hacen así. Ella mete la mano, agarra a África-de-juguete y tira de ella. La muñeca forcejea, pero la niña es más fuerte. Konstantin le sujeta la cabeza con el índice y el pulgar de una mano y, con la goma en la otra, borra las líneas a lápiz que sellan sus labios. Moira la suelta.

—¡¡¡Ah!!! —chilla África-de-juguete—. ¡Narcys, ten cuidado!

Narcys-de-juguete ha huido al piso superior, pero allí también hay ventanas. Moira y Konstantin repiten la operación con él. Cuando le sueltan, el muñeco coge la escoba de juguete que hay apoyada en una de las paredes de la casa y amenaza con golpear los dedos de Moira.

—¡Fuera de nuestra casa!

—Papá, somos nosotros. Salid de la casa para que podamos ayudaros —dice Konstantin.

Los dos muñecos vuelven al salón y se mantienen pegados a la pared del fondo, lejos de las ventanas.

—¿Quiénes sois? No os conocemos. No conocemos a ningún gigante —dice África-de-juguete.

—No somos gigantes —dice Moira—. Somos vuestros hijos, Moira y Konstantin.

—No vais a engañarnos —dice Narcys-de-juguete—. Nuestros hijos están aquí, con nosotros. Están dormiditos en sus camas. Moira es pequeña y preciosa, una princesita, y Konstantin es un chico fuerte y sano que está hecho casi un hombre.

—Yo no soy una *princesita* —protesta Moira—. Soy la reina de todos mis peluches.

—Y yo no soy fuerte y sano, papá —murmura Konstantin—. Estoy enfermo...

Para su sorpresa, los muñecos se echan a reír.

—¡Qué tontería! —exclama África-de-juguete—. Es verdad que nuestro Konstantin estuvo un tiempo en pie de guerra contra una enfermedad muy fastidiosa, pero luchó como un campeón y venció.

Los ojos de Konstantin se humedecen y brillan.

—No —intenta decir, pero no le dejan.

—Los médicos dijeron que no había nada que hacer, pero pedimos una segunda opinión. Con algo de aire libre, una dieta concreta y tratamientos de medicina alternativa, nuestro hijo se recuperó del todo —proclama Narcys-de-juguete.

Los padres-de-juguete suben al piso de arriba de la casita y entran en uno de los dormitorios de los niños. Apartan la mantita y sacan de la cama un muñeco rígido de plástico, con una sonrisa pintada en la cara.

—Konstantin, cariño, saluda a estos gigantes y diles lo bien que te encuentras —dice África-de-juguete. Y como el muñeco que está sosteniendo no es más que eso y no se mueve ni habla, ella misma pone una voz falsa y finge que es su hijo—: «¡Estoy estupendamente, mamá! Creo que voy a ir al *gym* ahora mismo, a entrenar un poco. Me gusta tanto estar en forma». Vale, cielo, pero no te fuerces, ¿eh? Venga, te dejamos aquí para que te cambies.

Ante los ojos espantados de sus dos hijos, la muñeca da un beso al monigote de plástico. Luego, ella y Narcys-de-juguete abandonan la habitación.

—Ahora, será mejor que os vayáis de aquí —dice Narcys-de-juguete, en tono amable pero terminante—. Nuestra vida es maravillosa, pero muy ajetreada.

Moira coloca la casita de muñecas de cara a la pared, para no tener que ver a los muñecos por las ventanitas. Después mira a su hermano, sin saber qué decir. El semblante de Konstantin muestra una expresión impasible.

—Tenemos que abrir la casita de muñecas —resuelve, sin dejar que se adivine ni una gota de emoción en su voz—. Hay que sacarlos de ahí. Luego tendremos que averiguar cómo devolverles a la realidad.

—Sí, pero, ¿cómo lo hacemos? La casita es de madera y muy resistente —dice Moira—. No sé si podremos romperla.

—Tiene que haber otra manera —reflexiona Konstantin.

—Hay algo que debo contaros —interviene Oot.

En ese momento, la abuela Amalia les interrumpe, llamándoles desde la cocina. Es la hora de comer.